

VIRGINIA ENCISO HUERTA

LA PERSECUCIÓN DE LAS BRUJAS

Ehrenreich, Barbara y Deirdre English. *Brujas, comadronas y enfermeras. Historia de las sanadoras*, laSal, ediciones de les dones, Barcelona, 1988.

A Barbara Ehrenreich y Deirdre English, a pesar de no considerarse historiadoras profesionales, les interesa rescatar, a través de la historia, dos formas de exclusión y manipulación ejercida por la institución médica en contra de las mujeres: la primera como trabajadoras de la salud, relegadas todavía en la actualidad a papeles siempre secundarios y subordinados a los trabajos del médico, y la segunda como sujetos pasivos en los cuales la medicina ha encontrado la forma de ejercer su poder dadas las características "fisiológicas" de la mujer.

En este trabajo las autoras muestran parte de la historia de las sanadoras y trabajadoras sanitarias. Este estudio comprende dos etapas del proceso de toma de poder médico por parte de los hombres: la persecución de las brujas y el nacimiento de la profesión médica en Estados Unidos.

Las brujas vivieron y murieron en la hoguera mucho antes de que apareciera la moderna ciencia médica. Casi todas las mujeres condenadas como brujas eran sanadoras no profesionales al servicio de la población campesina, y su represión marca una de las primeras etapas en la lucha de los hombres para eliminar a las mujeres de la práctica de la medicina.

Desde sus inicios en Alemania hasta su introducción en Inglaterra, el periodo de la caza de brujas abarcó más de cuatro siglos (xiv-xvii), desde el feudalismo hasta bien entrada la edad de la razón.

Para la Iglesia y el Estado las brujas representaban una amenaza política, religiosa y sexual. Dos de las teorías más conocidas sobre la caza de las brujas son esencialmente interpretaciones médicas que atribuyen esta locura a una inexplicable explosión de la histeria colectiva. Una versión sostiene que los campesinos enloquecieron, y presenta la caza de brujas como una epidemia de odio y pánico colectivo. La otra interpretación psiquiátrica afirma que las locas eran las brujas.

Pero en realidad la caza de brujas fueron campañas organizadas, iniciadas, financiadas y ejecutadas por la Iglesia y el Estado. La guía utilizada por los inquisidores para llevar a cabo la caza de brujas fue el *Malleus Maleficarum* o *Maritillo de brujas*, escrito en 1484 por lo reverendos Kramer y Sprenger.

Los encargados de poner en marcha un proceso de brujería eran el vicario o el juez de distrito, quienes

por medio de una convocatoria ordenaban a la gente que denunciara a las brujas; quien no denunciara una bruja se exponía a la excomunión y a sufrir castigos corporales.

Es evidente que la furia de la caza de brujas no surgió de la población campesina sino que fue resultado de una campaña de terror desatado por la clase dominante.

La acusación de brujería abarcó un sinfín de delitos, desde la subversión política y la herejía religiosa hasta la inmoralidad y la blasfemia. Sin embargo son tres las acusaciones principales que se repiten a lo largo de la historia de la persecución de las brujas en todo el Norte de Europa. Se les acusaba de todos los crímenes sexuales en contra de los hombres. Se les acusaba de estar organizadas. Se les acusaba de tener poderes mágicos sobre la salud, que podrían provocar el mal pero también curar, y de tener conocimientos médicos y ginecológicos.

La Iglesia asociaba a la mujer con el sexo y condenaba todo placer sexual al considerar que éste sólo podría proceder del demonio. Se culpaba a la mujer de la brujería. Se le acusaba de causar impotencia a los hombres y de hacer desaparecer sus genitales. Se le acusaba de ofrecer anticonceptivos a las mujeres y de efectuar abortos.

A las brujas no sólo se les acusaba de asesinato y envenenamiento, de crímenes sexuales y de conspiración, sino también de ayudar al prójimo. Las brujas y sanadoras eran las únicas que prestaban asistencia médica a la gente pobre del pueblo que no tenía médico ni hospitales y vivía en la miseria y la enfermedad.

Había una clara asociación entre la bruja y la comadrona. La Iglesia no se oponía a que las clases altas recibieran atención médica, pues éstas tenían sus propios médicos de corte, que eran varones y a veces incluso sacerdotes. Se aceptaba que

médicos varones atendieran a la clase dominante bajo los auspicios de la Iglesia, pero no en cambio la actividad de las mujeres sanadoras como parte de una subcultura campesina. Para la Iglesia, la persecución de las sanadoras campesinas era contra la magia y no contra la medicina. Los hechizos se consideraban tan eficaces como las oraciones para sanar a los enfermos. Las oraciones eran del agrado de la Iglesia, y los hechizos y magias, aunque tuvieron éxito, estaban contra ella.

Las "brujas" contaban con una multitud de remedios, experimentados durante años y años de uso, como analgésicos, digestivos y tranquilizantes; muchos de ellos se preparaban con hierbas que se siguen utilizando en la farmacología moderna.

Pero también otros remedios empleados por las brujas eran en cambio pura magia y debían su eficacia a un efecto de sugestión. El trabajo

de la brujas era empírico, pues confiaban más en sus sentidos que en la fe o en la doctrina; creían en la experimentación y en la relación causa efecto. En cambio, la Iglesia era antiempírica.

En la persecución de las brujas confluyen la misoginia, el antiempl-rismo y la sexofobia de la Iglesia.

La implantación de la medicina como profesión para cuyo ejercicio se exigía una formación universitaria facilitó que la práctica de las mujeres fuera excluida legalmente, ya que el acceso a las universidades estaba vetado a las mujeres.

A finales del siglo xiv, la campaña de los médicos profesionales contra las sanadoras urbanas instruidas había conseguido su propósito en Europa: los médicos varones habían conquistado un absoluto monopolio sobre la práctica de la medicina entre las clases altas, a excepción de la obstetricia, que seguía siendo labor de las comadro-

nas. Así fue como se creó una alianza entre la Iglesia, el Estado y los médicos en contra de "las brujas", es decir, las sanadoras.

En Estados Unidos, el dominio masculino en el campo de la salud se inició más tarde que en Inglaterra o en Francia pero tuvo más alcance.

La realidad social de Estados Unidos en el siglo xix fue favorable para el desarrollo de la profesión médica. Muy pocos médicos emigraron desde Europa y había pocas escuelas de medicina, así como escasos centros de enseñanza superior.

A principios del siglo xix ya había un número considerable de médicos regulares (médicos universitarios), varones, generalmente de clase media; casi siempre atendían sólo a personas de clase media y alta. Aunque sus conocimientos y habilidades no ofrecían ninguna ventaja respecto a los practicantes no titulados (en esa época los estudios eran pobres: los cursos duraban dos años como

máximo y en algunas escuelas los estudiantes no tenían contacto con hospitales), sus tratamientos eran más agresivos.

En 1830, trece estados habían aprobado las leyes que prohibían las prácticas irregulares declarando a los médicos regulares como los únicos sanadores legalmente autorizados. Este intento prematuro de monopolizar el ejercicio de la medicina originó un movimiento popular de salud, en el que las mujeres fueron el núcleo principal, donde ya se hacía énfasis sobre todo en la medicina preventiva.

Este movimiento representó un ataque radical contra la medicina de élite y una reafirmación de la medicina popular tradicional, y originó una serie de filosofías médicas, o sectas, que entraron a competir con los médicos regulares, ocasionando, hacia 1840, la abolición de las leyes que regulaban el ejercicio de la medicina. Este movimiento en

favor de la salud de la mujer estuvo vinculado, como causa y también como efecto, a la reivindicación general de los derechos civiles de la mujer, y ambos movimientos, el sanitario y el feminista, llegaron a confundirse en ese sentido.

El movimiento feminista se preocupó de los derechos generales de la mujer en tanto que el movimiento sanitario prestó atención a la salud de la mujer y a luchar por lograr su acceso a las escuelas de medicina.

Sin embargo, cuando el movimiento perdió fuerza los médicos volvieron a lo ofensivo, y en 1848 fundaron su primera organización nacional, denominada American Medical Association, con la cual empezaron a reconstruir, a nivel de cada estado y distrito, las sociedades médicas que habían desaparecido en las décadas de 1830 y 1840. A finales de este siglo estaban preparados para desencadenar el ataque definitivo en contra de los practi-

cantes no titulados, los médicos de la sectas y las mujeres en general. Se atacaba a las mujeres porque apoyaban a las sectas y se atacaba a las sectas porque estaban abiertas a las mujeres.

Los argumentos esgrimidos contra las mujeres oscilaban entre el paternalismo y la pura misoginia. Las pocas mujeres que lograron entrar a una escuela de medicina tuvieron que superar una serie de obstáculos sexistas que iban desde los comentarios mordaces y soeces de los estudiantes varones hasta la negación de algunos profesores para hablar de anatomía en presencia de una dama. Una vez que terminaban sus estudios las mujeres se enfrentaban a otra barrera: en los hospitales no aceptaban médicas. Como las mujeres médicas de esa época eran de clase media, terminaron por aceptar las condiciones impuestas por la nascente profesión médica masculina, y fue así como se originó el mono-

polio médico sobre el ejercicio de la medicina. Durante muchos años las comadronas, aunque fuera de la ley, siguieron ejerciendo la obstetricia con la gente pobre.

Posteriormente a las mujeres se les concedió un espacio dentro del ejercicio médico, que fue el de la enfermería, considerado fuera de la competencia de la profesión médica.

MARTA NUALART SÁNCHEZ

EL CONDÓN EN CONTEXTO

Nosotras también. Dirección: Maricarmen de Lara; producido bajo los auspicios de la Beca 93-94 otorgada por The John D. and Catherine T. Mac Arthur Foundation, México, 1994.

No es frecuente encontrar material audiovisual enfocado a la salud de las mujeres, sobre todo si éste se re-